

Reconstrucción de la Ciencia Social

Por el Dr. José MEDINA ECHAVARRIA.—Colaboración especial para la Revista Mexicana de Sociología.

I

LA CIENCIA SOCIAL, DESESPERADA

DENTRO del marco limitado de una conferencia ¹ puede parecer extremadamente audaz afrontar el tema indicado por el título de ésta: “reconstrucción de la ciencia social”. Y desde luego lo sería, sin excusa alguna, si tratara de ofrecer un conjunto de normas empleando un tono magisterial. Pero ya la audacia es mucho menor si el propósito se reduce a hacer el esbozo de una situación vacilante y a apuntar, con carácter exploratorio y de estímulo, las posibles salidas hacia un nuevo esfuerzo constructivo. En realidad no puedo pretender otra cosa que ofrecer un cuadro en grandes líneas del dificultoso trance que vive en estos momentos la ciencia social y del que sólo podrá salir por el esfuerzo consciente y aunado de sus distintos representantes. Lo que por mi parte, pueda sugerir, representa únicamente algunos puntos de vista para que una discusión que importa por igual a todos los cultivadores de las ciencias sociales sea lo más seria posible.

Los hombres de ciencia hacen de cuando en cuando un examen a fondo del estado de su disciplina, en el que se valoran los resultados obtenidos, los métodos empleados y el grado de coherencia de su edifi-

¹ Sociedad de Geografía y Estadística. 22 Julio 1941.

cio teórico. A veces, una revolución en los métodos o una insospechada dimensión de los problemas, resquebrajan la arquitectura de aquel edificio, que exige inmediata reforma. Se habla en ese caso de una crisis de la ciencia en cuestión. Y es notorio que por tal estado han pasado en estos últimos años las ciencias del más sólido prestigio. Pero se comete un error o se emite, al menos, una afirmación superficial cuando se equipara la crisis de aquellas disciplinas con el estado crítico de las ciencias sociales o humanas. Pues la crisis, en unas y otras, se plantea en planos enteramente diferentes. Una digresión sobre este punto nos alejaría del enfoque directo de lo que tenemos entre manos. Bastará indicar, si tenemos presente algunas noticias sobre el desarrollo de la física actual, por ejemplo, que jamás se ha hecho con relación a las llamadas ciencias naturales esta pregunta: ¿para qué sirven estas ciencias? El inyectable, el automóvil, la radio, etc., a que acudimos en cualquier momento, son respuestas que se adelantan a la posible cuestión del hombre medio. No hay más que señalar los resultados tangibles. La crisis sólo existe para el científico, y ésta, por otra parte, no suele afectar a la totalidad del cuerpo teórico de una ciencia; la revolución einsteniana deja incólume para ciertos efectos la física de Newton. Por agudos, pues, que sean las discusiones y los conflictos, éstos transcurren en fin de cuentas en el plano teórico o en el mundo cerrado del laboratorio. ¿Se coloca en ese plano la polémica actual sobre la situación de las ciencias sociales?

Si se dijera, nada más, que algunas gentes de por ahí tienen el descaro de dirigirse a los representantes de la ciencia social con la agresiva pregunta de para qué sirven sus escritos y teorías, podría creerse que se trataba únicamente de ineducados desahogos de unos ignorantes sin paciencia. Pero el hecho es que la pregunta no la formula sólo el hombre de la calle, sino que son los propios profesionales los que empiezan a hacérsela a sí mismos. ¿Para qué sirve la ciencia social? ¿Qué es lo que aporta a la vida del hombre? ¿Qué le resuelve y en qué sentido es orientación y guía en sus perplejidades? Estas preguntas no están hechas desde el interior del edificio teórico de la ciencia social vigente, sino que suponen haber salido de él y que el entredicho llega hasta sus últimos cimientos. La cuestión que se plantea es nada menos que la razón de ser misma de la ciencia social, y esto desde la perspectiva de la existencia humana. Véase, pues, cuán distinta es la dimensión de la supuesta crisis de unas y otras ciencias.

La inquietud y desasosiego que, desde hace años, venía minando la tranquila apariencia del desarrollo de las ciencias sociales irrumpe de pron-

to en aparatosos gestos de desesperación. Y éstos, al hacerse públicos y ostensibles, impiden que desde ese momento nadie pueda disimular o hacerse el desentendido ante la gravedad del problema. El dramatismo de las voces de alarma hace sospechar de antemano que hay en ellas exageraciones y tintas demasiado sombrías. Quizá la desesperación, como veremos, no pueda ser llevada tan lejos. Pero también hay que reconocer en los recargados tonos de aquellas advertencias una función saludable, pues la inercia de la rutina sólo puede romperse con una fuerte sacudida. De entre los recientes escritos que exteriorizan esa situación desesperada de la ciencia social, algunos merecen destacarse aunque sólo fuera por la expresividad de sus títulos. Así, la "Elegía de la teoría económica" (*Lament for Economics*, 1938) de Barbara Wooton, o el agudo libro de Lynd "¿Para qué este saber?" (*Knowledge for What? The Place of Social Science in American Culture*, 1938). Pero éstos, sin duda alguna, son meras manifestaciones incisivas y valientes de todo un estado de opinión muy difundido. Y tal vez lo que pudiera parecer extraño es el retardo con que aflora a expresión consciente. Más esto es perfectamente natural y no supone excepción alguna al curso acostumbrado en la formulación teórica de problemas que, antes de llegar a ese estado, son por bastante tiempo cuestiones vitales con las que la gente se debate teniendo una conciencia más o menos oscura de su significado. En las ciencias sociales ha habido siempre un retraso del planteamiento teórico con respecto a la transformación social; de esta suerte, la única peculiaridad que hoy puede señalarse es la de que el ritmo del cambio social es actualmente tan veloz que aquel rezagamiento aparece muchas veces como abismático. Seguramente esa distancia y ese ritmo acelerado son los causantes psicológicos del vértigo que acecha hoy al que contempla el panorama de la ciencia social.

Si volvemos a lo que nos sugieren los títulos de los libros antes citados, lo mismo da oír la plañidera lamentación en la tumba de la teoría económica que hacer nuestra la viril pregunta sobre el valor del conocimiento recibido concerniente a la realidad social. Se trata siempre, de una imputación muy precisa. ¿Cuál es ésta?

Ciencia y realidad.

La acusación sería la de la perfecta inutilidad de la ciencia social al uso en la resolución de los problemas reales de nuestra vida cotidiana. Lo cual quiere decir que hay una distancia insalvable entre lo que apa-

rece como construcción científica y lo que vivimos y percibimos como realidad; y, por tanto, que la llamada ciencia social no lo es propiamente —ya que no funciona como tal en la experiencia—, sino todo lo más una honorable fantasía. Un examen detenido de esta acusación nos obliga a separar dos interpretaciones posibles que son entre sí muy distintas. Por un lado, puede indicar que lo que se pone en entredicho es la validez de los resultados de las distintas ciencias sociales, tal como éstas vienen siendo elaboradas hasta el momento de la acusación. Más, por otro, puede llegar hasta poner en duda la posibilidad de toda ciencia social en general, hasta negar la validez y los servicios de toda teoría posible, presente y futura. En este segundo caso es realmente cuando la ciencia social desesperada comete “hara kiri”. Hay que reconocer que no suele ser ésta la intención originaria, pero el ardor de la polémica o la imposibilidad de apuntar soluciones concretas después de una crítica severa conduce, las más de las veces, a una confusión entre los dos puntos de vista, en donde la ciencia social queda disuelta por obra de sus cultivadores mejor intencionados. Conviene no sólo evitar en todo instante esa confusión, sino también poner en claro ciertos supuestos que la permiten. Pero antes volvamos a la acusación, señalando algunos de los principales elementos de que se compone. El principal reproche es el del divorcio entre la teoría y la acción. Pero de él derivan o están implicados estos otros dos: la incapacidad que muestra el hombre de ciencia para señalar posiciones de conducta y la falta de relación y desbarajuste que se da entre las distintas ciencias particulares.

Teoría y praxis.

Si el conocimiento científico supone siempre una capacidad de previsión y predicción, para quien lo utiliza, de modo que con una probabilidad mayor o menor puedan señalarse las consecuencias de determinados sucesos o de ciertas intervenciones humanas, son harto fundados los motivos de la desilusión que el hombre de la calle siente ante las llamadas ciencias sociales. Pues ni ha encontrado precisión alguna en la predicción de los acontecimientos de que es testigo, ni, lo que es más grave, recibe la orientación segura que necesita para desenvolverse en las situaciones problemáticas dentro de las cuales tiene que actuar necesariamente. Y obsérvese que la desilusión ha sido tanto más intensa cuanto mayor fué la esperanza que desde hace algún tiempo venía poniendo en el carácter científico del conocimiento social. Era ya una creencia bastante difundida la de que

con nuestro siglo empezaba la era de las ciencias sociales. Los laureles conseguidos por el XIX en el campo de la ciencia natural, el dominio asombroso obtenido sobre las fuerzas de la naturaleza, tenían que completarse con un triunfo paralelo y subsiguiente de las ciencias humanas. Quizá el deseo se adelantaba a la realidad por la misma lucidez con que comprendía el problema. Pero lo cierto es que la prueba por que ha pasado aquella creencia desde los momentos iniciales de la crisis histórica en marcha muestra resultados rudamente negativos. El hombre, obligado a actuar y a tomar decisiones, ha tenido que habérselas en estos últimos años con problemas radicalmente nuevos y de dimensiones desconcertantes, para los que no encontraba receta ni en los manuales y tratados con mayor prestigio académico, ni en el consejo personal de los especialistas más reputados. Recibía, en el mejor de los casos, o un despliegue rigurosamente objetivo de las posibilidades encerradas en la situación problemática, o una teoría en extremo abstracta, o la advertencia de que se carecía aún de los datos suficientes para opinar. Más la decisión no permitía espera. Y fué acostumbrándose a apoyarse en las indicaciones de un saber menos elevado, sin duda, pero también con menos titubeos: en el conocimiento de las personas curtidas en la experiencia de los negocios y de las responsabilidades de la acción, confiadas en su instinto, el precedente y el contacto directo y día a día de los problemas. Así, por ejemplo, el que quería obtener alguna orientación respecto de las tensiones internacionales, presentidas certeramente como una amenaza, más o menos próxima, de su actividad y de su vida, hacía bien en preferir los reportages de un periodista experimentado y sobre el terreno, a las enseñanzas universitarias sobre el derecho internacional. Pues en el momento en que se estaba gestando la actual tragedia, se entretenían quizá algunos profesores en discutir con toda seriedad el inocente problema de la posición del derecho internacional en la jerarquía escalonada de las normas que nos da una teoría calificada de pura. Se comprende el fracaso inmediato de semejantes puerzas.

El abandono a las experiencias de la práctica, no siempre eficaces por la cortedad de su radio, y el descrédito del saber académico, implican un divorcio absoluto entre la teoría y la acción, igualmente funesto para las dos. Por un lado, las construcciones teóricas de los especialistas, llevando hasta su máximo refinamiento las tradiciones herederas en las distintas escuelas. Por otro, las decisiones inaplazables de la vida cotidiana, fundadas en empirismos elementales, en la rutina o en la improvisación. Ahora bien, lo verdaderamente grave era que el desdén por la cien-

cia académica y por sus teorías tenía que llevar al descrédito de la inteligencia misma. Es, por consiguiente, perfectamente lógico que, perdida la confianza en las capacidades constructivas de la inteligencia, se entregaran las masas, en circunstancias de alta tensión, a la atracción emocional de las soluciones prontas y milagreras de taumaturgos políticos, apoyados, no obstante su supuesta inspiración, en un cuadro de expertos rigurosamente racional, por su parte, en sus cálculos y planes. En este proceso de desencanto no era difícil de prever que las disciplinas tradicionales más expuestas a sufrir sus efectos eran la Economía y la ciencia política. Pues son las ocupadas de aquellos fenómenos de que han surgido en la historia inmediata las dificultades de mayor magnitud y fácilmente identificables, al parecer, por el hombre medio. Pero quizá ha sido la posición del economista la más afectada por la pérdida del respeto popular. Y se comprende fácilmente por qué. Pues la ciencia económica disfrutaba de un prestigio que no habían podido conseguir ninguna de las ciencias hermanas. La vaguedad, predominio de lo descriptivo y contradicción de tendencias, dominante en las disciplinas humanas, había sido totalmente eliminado de lo que se tenía y enseñaba como ciencia económica. Unicamente en los manuales y tratados de economía encontraba el estudioso el rigor formal, la precisión y el carácter concluyente, habitual en lo que se reputa como ciencia auténtica. Además, mostraban una unidad de doctrina desconocida en las otras ciencias sociales, pues se necesitaba ser ya un especialista para penetrar en las sutilezas que oponían a las distintas escuelas. Y es evidente que la mayor parte de los libros famosos de doctrina económica ofrecen por su sola factura, al lector inteligente, un vivo placer intelectual: la arquitectura simple y armónica, la precisión conceptual, la claridad en el razonamiento y la elegancia en el desarrollo de los análisis. Siempre que se admitiera el “supongamos que”, y el “permaneciendo iguales los demás factores”, la teoría se desarrollaba con una insuperable precisión lógica. No había necesidad de apelar a la formulación matemática para encontrar mayor rigor. Ahora, el problema perdió su elegancia cuando los supuestos los dió la vida y en modo alguno permanecieron inalterables los demás factores.

Pues bien, ese prestigio de la ciencia había pasado al economista profesional, que disfrutó por mucho tiempo ante el público de una extraordinaria autoridad; alguna vez, sin duda, de carácter casi mágico.

¿Qué ha sucedido aquí? ¿Por qué se le pierde el respeto? Simplemente, porque los instrumentos con tanta paciencia elaborados por él no han operado eficazmente, con la rapidez al menos que se les pedía, en la so-

lución y reajuste de las situaciones problemáticas que venimos viviendo desde el comienzo de la gran depresión. No voy a examinar ahora las razonables excusas que presentan los economistas, pues sólo me interesan en este instante los efectos de su incapacidad —justificada o injustificada— ante la conciencia popular. Pues quizá lo peor no ha sido la melladura del instrumental analítico en su contacto con la realidad, sino la desorientación producida por la variedad de las conclusiones prácticas, contradictorias a todas luces entre sí aún para el más inexperto. En consecuencia, la gente comenzó a sospechar que todas aquellas elegancias y precisiones de la teoría económica eran las calidades de construcciones perfectas cabalmente en méritos de su artificialidad y lejanía del mundo concreto. Confirmándose esta opinión cuando de los círculos profesionales surgieron voces disonantes y rebeldes exponiendo razonadamente lo que el profano creía entrever. Aquello que en la tradición académica se continúa enseñando y cultivando como teoría económica es en realidad, se le dice ahora al profano, o una apologética o un pasatiempo intelectual, es decir, una construcción acabada en un mundo de fantasía y por eso, naturalmente, no funciona para resolver tus problemas. Guárdate, pues de creer demasiado en ellas.

Dejemos lo de la apologética, que plantea delicados problemas psicológicos o cuestiones de sociología del conocimiento que no pueden, ahora, ni rozarse. Sí conviene, por el contrario, examinar brevemente el otro aspecto. Destacaré solamente tres argumentos por la importancia que tienen para una metodología general de las ciencias sociales. Se alega, en efecto, que el carácter de honorable fantasía que posee la teoría económica ortodoxa —empleando esta palabra en un sentido más amplio que el que tiene entre los especialistas— se muestra en que los análisis hechos con su ayuda son fragmentarios, quedan a la zaga del dinamismo de los procesos concretos y nunca abrazan el carácter único, individual, de las situaciones económicas reales. Los análisis son fragmentarios porque no pueden seguir todas las hipótesis posibles, dada la complejidad de la vida económica real; de modo que, muchas veces, son los efectos de los factores olvidados, puestos entre paréntesis, o supuestos inalterables, los que aparecen de hecho como la fuerza decisiva. Estos análisis, además, quedan casi siempre rezagados porque el dinamismo del proceso social de nuestros días renueva incesantemente la cadena de causas y efectos, de suerte que un nuevo cambio se produce antes de llegar a un equilibrio o ajuste del momento anterior. Y por último, los problemas económicos demandando solución se presentan en situaciones únicas, que escapan a las mallas

amplias de las generalizaciones, necesariamente abstractas, de la teoría económica. He omitido otras razones de carácter técnico, quizás más interesantes para el economista, porque me interesaba especialmente hacer observar, subrayando su significación general, cómo aquellos argumentos declaran en esencia esto: que el supuesto fracaso de la teoría económica tradicional se debe al carácter social e histórico de la realidad a que va destinada. Es decir, que la realidad económica, como social e histórica, es interdependiente, dinámica y sólo captable con plenitud en su circunstancialidad. Por tanto, que aquella teoría dejó de tener validez en su conjunto porque se la creyó intemporal, cerrada en su coherencia deductiva y exenta de toda necesidad de comprobación por la experiencia. Que es, en definitiva, el destino de toda doctrina con idénticas pretensiones. Por consiguiente, concedida la ruina, total o parcial, de la teoría económica tradicional —y no puedo entrar autorizadamente en el debate—, la situación no exige desesperar de la posibilidad de construir alguna vez una teoría adecuada; antes bien, lo contrario. En ello se está. Pero mientras tanto, para volver al planteamiento inicial, todo ha conspirado al desencanto del profano y a justificar las nerviosas protestas de algunos especialistas, interesados en los problemas dolorosos de la vida tanto o más que en las “complicaciones” intelectuales de la construcción teórica.

Desde luego, el desdoro de la ciencia política académica ha sido menos aparente porque nunca alcanzó la autoridad disfrutada por la económica. Pero también con respecto a ella es notorio el divorcio entre la ciencia y la realidad, si bien, en general, más apercebido por obedecer en muchos casos a motivos que no podían revestir el decoro de una posición metodológica. Al reducirse la enseñanza de la ciencia política, las más de las veces, al comentario y explicación jurídico-formal de las instituciones existentes, en el propio país y en algunos extranjeros (derecho constitucional y análogos), era en realidad la teoría de un “fait accompli”, que podía permanecer a enorme distancia de los hechos presentes y, sobre todo, no enseñando nada sobre el proceso mismo de que la fórmula jurídica era la traducción más o menos auténtica, ni respecto de la acción política ejerciéndose sobre problemas reales y no imaginables. Y obsérvese que cuando ha querido corregirse esa unilateralidad, la admisión de una teoría general del Estado ha solido tomar la forma de una teoría “del Estado en general” produciendo, al perder el sentido de la diversidad y del dinamismo, una deformación muy semejante a la antes señalada con respecto a la teoría económica. Como no existe un Estado en general, sino diferentes Estados en situaciones histórico-concretas muy diversas, de lo que

se trataba propiamente era de un Estado fantasma, modelo a veces muy peligroso para una acción práctica inteligente y eficaz. Nada sería más convincente que un análisis de las complicaciones aportadas por el concepto de soberanía a la actividad política nacional e internacional. Aparte de que pudiera satisfacer ciertas emociones patrióticas —por otra parte muy legítimas—, la conversión de un concepto jurídico, con una significación absoluta, en una realidad no siempre existente, ofrecía un instrumento teórico —posiblemente innecesario— en más de una ocasión por completo perturbador. Dejando cuestiones de mayor envergadura, voy a tomar un ejemplo al parecer inocente. En mi experiencia, no muy larga, como funcionario de la Cámara de los Diputados de mi país, tengo el recuerdo de la llegada de los diputados noveles en cada legislatura, con la leccioncita aprendida de su mayestática encarnación de la soberanía nacional. Aquella cándida “simplicitas” sólo acarrea normalmente algunas experiencias personales de frustración, de saludables efectos correctivos para quien no fuera un mentecato. Pero cabe imaginar que en determinadas circunstancias una creencia colectiva de esa especie pueda traer consigo catastróficos efectos, pues es la confusión de ficciones jurídicas con las fuerzas políticas reales de un país. Pero esto no sería sino uno de los casos posibles, derivados de haberse enseñado con el carácter de ciencia una auténtica fantasía. Sorprende, en la historia de estos últimos años europeos, la facilidad con que políticos inocentes confundían al Estado con la Constitución escrita y al gobierno con el hecho de sentarse tras la mesa de un ministerio. Pero, ciertamente, podían aducir, si su experiencia personal era corta, no haber recibido de hecho lección teórica alguna sobre esto tan esencial que es el poder, ni cómo ni en qué circunstancias se puede mandar y ser obedecido. No hubiesen entonces tomado por mando una simple investidura administrativa o un precepto constitucional convenientemente impreso.

Así pues, una doctrina del Estado, por venerable que sea en su historia universitaria, que no recoja como parte central una teoría del poder, en donde se analicen sus condiciones y límites reales en un momento concreto y con ello las posibilidades de realización de valores precisos, podrá ser una pieza literaria más o menos estimable, pero no una auténtica ciencia. Su existencia producirá de nuevo la separación de la teoría y la praxis, con el abandono total de aquélla en las primeras condiciones favorables a la irrupción de lo irracional. En esas condiciones poco cuesta convencer a las gentes de la conveniencia de entregarse a la acción por

la acción misma y de que una supuesta intuición de unas pocas mentes inspiradas es superior a la cooperación de la inteligencia de muchos.

No es posible extender la revista a otras disciplinas sociales con un abolengo menos rancio que el de las anteriores. Pero no sería dificultoso encontrar más de una, en donde la distancia entre la construcción científica y la realidad justificaría, una vez más, la acusación popular de la inutilidad para los problemas reales de la vida a una teoría que pretende servir para resolverlos directa o indirectamente. Así, ni la misma Historia se libraría del entredicho cuando, convertida a menudo en anticuarianismo y erudición, estimula en sus cultivadores, de un modo paradójico, una actitud quiescente y anacrónica ante las realidades actuales. La historia no se hace entonces desde y para el presente, sino como si se tratase de un sucedido lunar; con lo que, perdida la conciencia de la continuidad histórica, es el pasado el que atrae a sí al presente, esclavizándolo. Ciencia histórica y realidad (actual) quedan también de esa suerte, divorciadas.

Objetividad científica y valor.

El segundo reproche antes señalado no se dirige directamente a la ciencia social, sino a sus representantes personales. Se dice de éstos que permanecen lejanos y distantes de los "ruidos de la historia" y están encastillados en su retiro; que o desdennan la inmediata realidad, o se acercan a ella con extremadas precauciones de asepsia, como si temieran el contagio fatal de sus impurezas. Más concretamente, lo que se les echa en cara es su evasiva a ofrecer indicaciones prácticas de conducta en las situaciones problemáticas donde más se les necesita, hurtándose a las responsabilidades de una decisión que de todas maneras ha de ser tomada. La réplica es que, con ello, el hombre de ciencia cumple fielmente con la "objetividad" que exige su profesión; la ciencia no puede ofrecer finalidades ni apuntar direcciones al político y al hombre de acción; sus servicios son, sin embargo, inestimables si se reduce a señalarles todas las posiciones posibles, a mostrarles los hechos tal como son y quizá las cadenas de consecuencias de las diferentes alternativas. En una palabra, que la ciencia no debe ni puede poner valores para la conducta. La contrarréplica arguye, en lenguaje más o menos alterado, no ser fácil la comprensión de esa negativa cuando gran parte de los "hechos" de que trata la ciencia social son precisamente valores, o sea símbolos de formas de conducta acaecidos o vigentes, cuya repetición se tiene como deseable; permanecer en esos hechos es, pues, una defensa, más o menos consciente,

del "statu quo". Si a esto se reduce su objetividad, pueden guardársela como inútil y sospechosa. Actitud que no siempre se limita y satisface con tan moderadas palabras.

El llamado criterio de la objetividad y de la neutralidad valorativa se debe, sin duda, a condiciones históricas precisas y, por tanto, no siempre existentes, pero el hecho es que prevalece en los círculos científicos durante los últimos decenios con imperio casi absoluto. Su formulación más rigurosa se encuentra en Max Weber y ha sido renovada en años más recientes, por el inglés Robbins. La tesis central de Weber es que la validez de un imperativo práctico como norma y la validez de verdad de una determinación empírica de hechos, corresponden a dos planos absolutamente heterogéneos, "aniquilándose la dignidad específica de ambas esferas cuando, desconocido (lo anterior), se fuerza su acoplamiento" (*Der Sinn, der Wertfreiheit*"... en *Gesammelte Aufsätze zur Wissenschaftslehre*, p. 463; V. R. Robbins, *Nature and Significance of Economic Science*, p. 147 ss.).

Hasta qué punto el criterio de objetividad, plausible en su intención y aceptable dentro de ciertos límites ha llevado, sin embargo, a inhibiciones suicidas, al ser interpretado con un falso rigor, es cosa ya comprobada en experiencias históricas inmediatas. Por una parte, la reiterada abstención de la inteligencia científica en ofrecer caminos y soluciones tenía que ser interpretada a la larga como su renuncia definitiva al ejercicio de derechos tenidos antes como indiscutibles. Y como la incertidumbre prolongada y la inacción hecha hábito, contradicen de raíz la continuación de la existencia, semejante renuncia había de traducirse por la inmediata sustitución del pensamiento racional por otras agencias menos vacilantes. Por otra parte, el ejercicio sistemático de la neutralidad, ya casi por la neutralidad misma o como encubierto medio de protección, iba a enraizar de tal manera esa actitud que los científicos se encontraron, en momentos decisivos, paralizados para defender su propio derecho a la existencia, es decir, el derecho a la verdad y a la libre investigación, que eran los valores que justificaban precisamente su parapetada defensa de la objetividad. Donde esto se produjo, por ejemplo en Alemania, se consumó en forma completa la ruina de la autoridad de los intelectuales como grupo, malográndose incluso las posibilidades de su actuación para un futuro inmediato.

Anarquía del especialismo.

Menor gravedad, al parecer, que los reproches anteriores, agriamente lanzados contra la ciencia social por el hombre de la calle, tiene la crítica, repetida ahora con frecuencia más en los círculos de los enterados que por los profanos, relativa a la inconexión existente entre las distintas ciencias sociales particulares, que esteriliza, al no fecundarlas mutuamente, sus respectivos resultados. Cada disciplina especial aparece así marchando por un carril fijo, más o menos trazado de antemano, totalmente despreocupada de la orientación y rumbo de sus hermanas. Pero, examinado el problema con atención, viene a ser un aspecto más de la distancia denunciada entre la realidad y la construcción científica. Pues implica que lo que cada ciencia particular pretende exhibir como saber de un fragmento de lo social es propiamente una construcción artificiosa y más o menos falsa, según sea el contacto que guarde todavía con los demás trozos de lo que es un conjunto vivo. Por desgracia, el peso de la herencia académica, que traslada de maestros a discípulos las distintas especialidades dentro de un marco relativamente fijo, ha contribuido a acentuar cada vez más la radicalidad del corte realizado en el todo de la realidad social. Pero ya desde hace tiempo viene sabiéndose con toda precisión que esa realidad es una totalidad interdependiente y dinámica, con una sensibilidad extrema para reflejar en cualquiera de los puntos de su superficie lo sucedido en otro de los demás, al parecer más distante. Cierto, no es posible pensar sin conceptos, que son siempre una abstracción, ni avanzar en el camino de la ciencia sin una especialización creciente; más es preciso buscar medios que corrijan o atemperen esa necesidad, si no se quiere fabricar monstruos fantasmales. Un especialista en ciencia política que sólo se preocupe del Estado, o un economista que sólo persigue el mecanismo de una supuesta acción económica pura, seguramente darán una idea torcida y falsa, tanto de la vida política como de la vida económica. Nada hay más significativo en el momento presente, como indicación de un cambio, que el retorno por los economistas más alertas al viejo y clásico nombre de "Economía política", abandonando la denominación de "Económica" (*Economics*) prevaleciente en los últimos tiempos.

Pero, además, este especialismo miope y encajonado no sólo tiende a dar existencia separada a lo que es meramente una perspectiva útil pero, por necesidad, incompleta, sino que se ciega para percibir nuevos problemas, frustrando así la realización de la auténtica tarea investigadora. El confinamiento dentro de los límites marcados por la tradición peculiar

de cada disciplina deja sin explorar extensas zonas que son una especie de territorio de nadie de la ciencia social. Ahora bien, sucede que las cuestiones nuevas y vitalmente más urgentes con que va tropezando la vida suelen radicar en esa tierra virgen. Es decir, que son precisamente las cuestiones marginales y fronterizas entre dos o más ciencias las más fecundas para el desarrollo del conocimiento y en donde está la clave de muchas dificultades. La conciencia de esto domina ya los círculos científicos y son diversos los intentos realizados para superar ese estado de cosas: obras en colaboración, discusión por distintos especialistas de problemas que rozan a varias disciplinas, seminarios colectivos —forma de investigación y enseñanza altamente productiva e interesante—, convocatoria de congresos y conferencias dedicados exclusivamente al tema de las relaciones mutuas entre las ciencias sociales, etc. Mucho se está haciendo ya, en efecto, pero sin duda con cierto carácter empírico y de tanteo que evade o no llega a la cuestión de fondo. Pues lo que se requiere es la integración de las distintas especialidades por medio de una fundamentación común que les ofrezca puntos de vista homogéneos y válidos para todas ellas.

II

DISOLUCION DE LA CIENCIA SOCIAL

Lo que se lleva dicho hasta aquí deja, por supuesto, una impresión deprimente sobre el estado de la ciencia social. Y la situación nos parecería, en efecto, sin salida si sólo atendiéramos a los aspectos negativos y nos dejásemos contagiar por la vehemencia de las críticas. No otra cosa ha ocurrido con algunos hombres de ciencia bien intencionados. La presión intensa de la opinión popular insatisfecha, lo justificado, en principio, de su protesta, y el dramatismo del momento en que ésta se hace, explican el que algunos hayan ido demasiado lejos en la satisfacción de la demanda. Pues el peligro de una ciencia social afanosa en poner remedio a los defectos que se le achacan está en que llegue a negarse a sí misma, bien por la entrega a un empirismo ciego, o por su enrolamiento en la bandera de una facción.

Ciencia militante

El tránsito brusco de una ciencia en extremo pacata, temerosa de comprometerse en cada instante, a una ciencia, exhibiendo con descoco una filiación extracientífica, ha sido una experiencia de nuestros días. Las adjetivaciones con que hoy vemos cubrirse algunas disciplinas nos parecerán o no un dislate, pero el hecho existe y hay que contar con él. Se me dirá que la pretendida existencia de una física alemana, una etnología nacional-socialista o de una biología o psicología social proletarias, son producto de una demencia colectiva o resultado de la coacción o elementos de una propaganda. De acuerdo; pero los libros ahí están, donde pueden leerse semejantes sandeces. Bien es verdad, y esto es sintomático, que tales declaraciones no pasan muchas veces del prefacio; es decir, queda todavía cierto invencible reducto que permite la deshonra del hombre mientras se salva el científico. Sin embargo, no es necesario malgastar demasiado tiempo en estos ejemplos: son, sin duda, anormales y, por fortuna, menos abundantes de lo que se podía temer. Por otra parte, la tosquedad de la adjetivación pone en seguida en guardia a toda persona medianamente discreta. Más entre los extremos de la abstención y la beligerancia no está el camino exento de peligros. Estos aparecen allí donde empiezan a desconocerse los límites de lo que el conocimiento científico, en cuanto tal, puede realizar y cuáles son las preguntas que cabe hacerse con sentido. La negación de la neutralidad valorativa no equivale a proclamar el dominio sin freno de los intereses partidistas, sino, al contrario, la posibilidad de encontrarle un límite. Pero para ello es necesario que en todo instante impere una conciencia clara de lo que es el método científico y de cómo funciona aplicado a la realidad social.

Abandono de la teoría.

La purga empirista ha sido siempre habitual después de todo exceso con la teoría. No es, pues, extraño que otro de los modos de reaccionar a las inculpaciones hechas a la ciencia social sea, de nuevo, el abandono de la construcción teórica y la proclamación del derecho exclusivo de los hechos a la atención del científico. En la actualidad tiene esto, sin embargo, un matiz que debe destacarse. Consiste en afirmar la primacía de los problemas. El esquema del razonamiento soporte de esta afirmación es como sigue: el entredicho de las ciencias sociales se debe a que sus teorías han fracasado en la resolución de ciertas situaciones problemáticas. Ahora bien, aquéllas preexistían a éstos. Por tanto, lo que debe ha-

cerse es prescindir de las teorías y enfrentarnos directamente con los problemas; lo que importa es llegar a una solución o ajuste de las dificultades reales.

Tomemos un ejemplo. Después de su penetrante crítica de la teoría económica tradicional, Barbara Wooton sugiere como posibles bases de un conocimiento realista, de “efectiva utilidad social”, de la vida contemporánea, las siguientes investigaciones:

1) aplicaciones realistas de los instrumentos analíticos de la teoría económica al uso a las condiciones de mercado imperfecto que ofrece nuestra experiencia actual;

2) estudios de situaciones sociales existentes y de movimientos tendenciales (*trends*);

3) investigaciones respecto de la naturaleza de los fines que persiguen o pueden perseguir las comunidades modernas y de los modos de llegar a su formulación;

4) investigaciones sobre ciertos problemas técnicos, y

5) ensayos de formulación de planes de mejora social (ob. cit., p. 267). Todas estas investigaciones están inteligentemente delineadas y no puede ser rechazada ninguna. ¿Pero qué ha ocurrido aquí? Simplemente, que Miss Wooton ha disuelto a la ciencia económica propiamente tal, como teoría del proceso específico que tiene por objeto. Es decir, la invalidación de la teoría ortodoxa, en cuanto inadecuada a la experiencia actual, no ha sido reemplazada por otra que intente su explicación. ¿Pero es posible prescindir de esta teoría? ¿Pueden, sin ella, tener algún fruto aquellas investigaciones concretas?

En definitiva, se comete aquí, como en otros casos semejantes, el error del empirismo inocente. Los “datos” y los “problemas” no son hechos brutos de experiencia, sino que son hechos “tomados” y “construidos” en el proceso de investigación mismo, guiado ya por una teoría—hipótesis— más o menos precisa.

El fracaso de un determinado sistema ante una situación problemática no impone la eliminación de toda teoría para quedarse únicamente con el supuesto problema, sino el examen de las condiciones de ese fracaso para encontrar quizá la teoría adecuada y, por el momento, suficiente. Es posible que muchas veces dependa todo de una idea equivocada de lo que propiamente es la construcción teórica, y de esa suerte pueda percibirse a tiempo que la quiebra no es de la ciencia sino de una falsa interpretación de la misma.

Cuidemos, pues, de que las invectivas escuchadas en contra de la ciencia social —por certeras que parezcan— no la lleven, en el azoramiento, a su propia disolución, desesperando de la tarea que tan sólo ella puede realizar.

III

PERSPECTIVAS DE RECONSTRUCCION

Permitir el suicidio de la ciencia social equivale a proclamar como inevitable el ocaso de nuestra civilización. Pues no otra cosa permitirá su continuidad si no es el ejercicio activo de la inteligencia. Tarde o temprano, entre los escombros producidos por lo irracional, la violencia y el pensamiento utópico, se aprenderá de nuevo la lección ineludible del valor constructivo de la razón experimental. Para muchos la destrucción habrá sido demasiado intensa y en ciertos aspectos irreparable; pero aquí, teniendo la fortuna de pisar un suelo exento probablemente de la ruina, hemos de hacer algo más que gozar de ese privilegio. Pesa sobre nosotros la obligación de reavivar la fe en la inteligencia y de ponerla sin demora a prueba, mientras dura el respiro en esta zona inmune. Pues esta zona es un trozo afortunado de una y la misma civilización, y lo que se haga en él para mantenerla viva y prolongarla será apreciado un día como beneficio inestimable por los que ahora viven en la tragedia y la confusión. Quizá la Historia ha querido que América pague su deuda con la generosa largueza de los que comienzan su fortuna bajo un buen augurio. ¡Quién sabe! Pero los hechos están ahí indicando la tremenda oportunidad de los hombres americanos. ¡Ojalá se cumpla ese destino!

Cierto, a la razón le debemos las condiciones de esta gran crisis. Pues han sido los triunfos logrados por ella en su tenaz enfrentarse con la naturaleza implacable, los que han hecho al hombre demasiado poderoso en un aspecto parcial de su vida, el más externo y quebradizo. Pero sólo la razón, a su vez, puede restablecer el equilibrio entre los resortes íntimos, rezagados, y los mecanismos producidos por una inventiva unilateral. En una tarea de delicado ajuste nada puede esperarse de la rutina y la inercia, ni de un impulso emocional, ni de una fantasía indisciplinada.

La inteligencia es lo único que nos permite operar con cierta precisión, pues sus instrumentos han sido refinados en un trabajo de centurias y cabe mejorarlos y transformarlos día a día a tenor de la eficacia que muestren en su funcionamiento.

No es, pues, una opinión infundada la que hace de las ciencias sociales el destino intelectual de nuestro siglo. Si el problema fundamental que tenemos planteado es el producido por la distinta velocidad de crecimiento de dos aspectos de la cultura humana, o si se quiere en otra forma, por la distancia existente hoy entre el saber de la naturaleza y el saber del hombre, no hay ninguna manifestación o consecuencia de aquel desequilibrio que no pertenezca al dominio de una u otra de las ciencias sociales, o mejor, a su conjunto indiviso. Tarea de todas ellas es la reordenación de la convivencia humana en el nuevo plano material creado por la revolución sin precedentes de la ciencia y la técnica. La Economía, la Ciencia política, la Demografía, la Psicología, etc., sólo son hoy, en realidad, en su núcleo vivo, distintas perspectivas sobre una y la misma cuestión; técnicas diferentes con que resolver alguno de sus aspectos parciales. Ahora bien, si ésta es la misión de la ciencia social, ¿quiere decirse sin más que la esté realizando? ¿qué la haya realizado? ¿Dónde quedan las invectivas y las críticas de que antes se habló? ¿Son totalmente injustificadas?

En la impaciencia popular ante la ciencia social hay evidentemente un lado profundamente injusto, fundado en la ignorancia. Pues cualesquiera que sean los defectos de la ciencia social, en sus libros y en sus hombres, lo acumulado por ella, especialmente en los últimos decenios, no sólo merece innegable respeto en lo que tiene de esfuerzo, sino que es un cuerpo de experiencia y doctrina del que no se podrá prescindir en ninguna investigación futura, y cuya misma riqueza, todavía en desorden, nos impide ver hoy su verdadero alcance. Sólo el no enterado puede negar que muchas de las bases de lo que ha de ser la ciencia social del porvenir, están ya sólidamente puestas. Por otra parte, la situación personal de los investigadores y científicos sociales viene siendo extremadamente difícil en estos últimos tiempos, y no se les puede exigir humanamente más heroísmo, cualquiera que sea su mayor responsabilidad, del que se demanda lícitamente de la prudencia del buen padre de familia. Ambos cosas deben ser tomadas muy en cuenta: como atenuante una y como sólido apoyo la otra. Pero ninguna anula lo certero de las impugnaciones hechas a la ciencia social. Aceptarlas sin crítica conduce a la negación de la ciencia, frente a lo cual ya nos hemos puesto en guardia: la ciencia no puede ser

una ideología militante ni un amontonamiento inconexo de supuestos datos por refinadas que parezcan las técnicas empleadas en su obtención. Pero tampoco pueden ser pasadas por alto, porque apuntan agudamente a los puntos esenciales, de los que depende la reconstrucción de la ciencia social que nuestro tiempo exige. Su examen detenido excede de las posibilidades de este momento; no así la fijación de sus líneas generales, pues constituyen éstas el cuadro de la discusión más fecunda en que los distintos especialistas pueden y deben participar antes de sumergirse de nuevo en sus particulares dominios.

Las acusaciones y críticas antes recogidas en estas líneas, vicnen en definitiva a exigir tres cosas: 1ª la fecundidad de la ciencia para la vida; 2ª la posición del hombre de ciencia como consejero de nuestras decisiones, 3ª la ordenación de las distintas especialidades en un todo coherente que corresponda a la unidad que abraza a los procesos reales de que somos testigos y protagonistas. Ahora bien, antes de toda prueba de la significación positiva de estos postulados, quizá lo que más importe sea darse clara cuenta de cuáles han sido los supuestos y condiciones que han impedido hasta ahora su realización satisfactoria.

Ciencia y vida.

Crear que la existencia podía resolverse en una “vida contemplativa” ha sido una desviación filosófica de grupos privilegiados, que por el prestigio de su fuente ha gozado de una enorme autoridad, repercutiendo de modo considerable en las peripecias intelectuales de nuestra cultura. Todavía hemos de luchar en muchos dominios con los últimos restos atrincherados de aquella creencia. Pues la vida en contados casos favorece la actitud contemplativa, siendo al contrario en los más de sus instantes necesidad de acción, de actividad práctica. Si el pensamiento especulativo hubiera sido la obra de artesanos y de hombres de acción no se hubiera olvidado tan fácilmente el estrecho parentesco entre la construcción de un martillo y la construcción de un concepto científico. O, dicho de otra forma, la unidad de origen de la *manufactura* y la *mentefactura* y su equivalente significación instrumental en la existencia humana. Más desde el día en que se hizo la distinción entre un pensamiento “elevado” y digno y un pensamiento “bajo” y desdeñable, entre la doxa y la epistema, viene circulando una división de las actividades intelectuales que sólo origina dificultades insolubles. El hombre corriente, incontaminado, se ha resistido en todo instante a comprender las razones de aquella división. Para él el

comportamiento mental de un carpintero puede ser generalizado como paradigmática de cuantas conductas intelectuales quepa imaginar. Ha sido de los problemas y dificultades que este buen artesano ha tenido que resolver, de donde ha derivado lentamente, con la experiencia de las obras producidas, lo que podría llamarse con todo decoro una teoría de la carpintería. Si no hay carpintero alguno que comience adánico la práctica de su oficio, sino que antes se ha adueñado de lo que es producto de una larga experiencia compartida, un sistema más o menos completo de conceptos y preceptos, tampoco encontraríamos fácilmente ninguno que tuviera por válida un solo instante una "teoría del ebanista" con la que fracasara al construir una mesa.

Más hace ya bastante tiempo que las ciencias de la naturaleza unieron, en el método experimental, lo anteriormente escindido, acabando con la distancia dominante entre la contemplación de la teoría y la acción de la práctica. Desde que comienzan su rapidísima carrera ascendente, abandonan de hecho la tradicional dicotomía, si bien con residuos tenaces que duran hasta la más reciente reflexión sobre sus propios métodos. Aquella distinción en los tipos del pensamiento significaba, en efecto, la creencia en un mundo de formas fijas y perfectas distinto del de la experiencia sensible y vulgar que podía ser captado en la teoría o contemplación. La teoría tomaba su carácter estático y cerrado de los caracteres de la realidad superior que reproducía. De esta concepción es de la que se emancipan las ciencias naturales, en donde la teoría restaura su significación existencial al afirmar su carácter hipotético, relativo y siempre abierto o imperfecto. Pero si se piensa en lo que han tardado estas ciencias en formular con plena claridad sus propios procedimientos, no obstante la continuidad de su ejercicio, se comprenderá la situación rezagada de las ciencias sociales apenas desprendidas del tronco filosófico y cultivadas todavía en gran parte dentro de los recintos venerables de las viejas escuelas. Abundan aún los exponentes de las llamadas ciencias sociales que en la "busca de la seguridad" andan persiguiendo todavía las esencias y los conceptos permanentes e invariables de las instituciones humanas, remisas, sin embargo, a dejarse apresar por ellos. No es un azar que sólo entre las mismas se pretenda de cuando en cuando la elaboración de una teoría pura, ya que esa misma pretensión indica y define su verdadero estado precientífico. La teoría científica es impura hasta la raíz, es decir, penetrada de experiencia por todos sus poros y por eso mismo operando en la realidad. Ansiémos el día en que se nos anuncie una teoría impura de cualquier hecho social.

El sentido popular es, por tanto, certero cuando rehusa otorgar la calificación de ciencia a algo que no le sirve, que no opera o actúa en la realidad vivida por él. Pone, con razón, el criterio de la eficacia y no se deja convencer por las gracias intelectuales de un pensamiento elevado. Naturalmente, no se le pueden exigir determinados refinamientos en la expresión de su intuición certera. Por eso quiero salir al paso del equívoco habitual cuando se nombra el criterio de la eficacia práctica: este último término, contaminado de su significación vulgar, corrompe habitualmente el sentido de lo que se quiere decir, y da pábulo a la protesta de los espíritus "superiores" y altisonantes. No otra es la dificultad que ha tenido y tiene la comprensión del pragmatismo. Quizá se haga un poco de luz si dedicamos un momento de atención a los científicos heterodoxos y "desesperados" que proclaman en estos días la significación primaria de los problemas: En el comienzo fué el problema. ¿Qué es lo que afirman en su acentuación por lo demás exagerada? El principio exacto de que la teoría ha sido hecha para los problemas y no los problemas para la teoría. Y si ahí quedaran, serían irrefutables. Pero dejemos esto para volver a lo anterior. ¿De qué problemas se trata? ¿Sólo de los llamados prácticos en su sentido vulgar? No; de cualquier problema imaginable, de cualquiera dificultad que tenga que resolverse. Pues bien, si una de esas dificultades promueve o invoca la ayuda de una supuesta ciencia y ésta no la resuelve, la teoría en que se apoya es falsa por ineficaz. El que yo pretenda la traducción y comprensión correcta de un texto en una lengua clásica, puede carecer de significación *práctica* tanto para los demás como para mí mismo, pero ésta no puede confundirse con la significación que en sí tiene la situación problemática del texto que deseo traducir. Y sin embargo, el criterio de eficacia práctica tendrá vigencia para comprobar la validez teórica de la ciencia filológica a que pueda acudir; por eso, si no sólo no me resuelve, sino que me perturba y desvía en mis esfuerzos interpretativos, haré bien en declarar la falsedad de aquella ciencia y en asignarle carácter fantástico.

Ahora bien, la equivocación del hombre de la calle, como la de los empiristas obsesionados con los hechos o con los problemas es —como ya vimos— que no existe ciencia sin teoría, y ni siquiera lo que ellos llaman hechos y problemas. Inténtese, por ejemplo, hacer una determinación de los problemas sociales más importantes de la sociedad contemporánea, y se verá que consciente o inconscientemente estamos manejando una teoría (cf. L. Wirth, *Contemporary social problems*, 1940).

Lo que importa por tanto es esto: ¿cuál es el carácter de esa teoría en ciencia social? Pues ni más ni menos que el que posee en la ciencia natural: el de ser una construcción, una hipótesis, que vale en la medida en que opera con eficacia en la resolución de una situación problemática. Por consiguiente, las teorías de las ciencias sociales están sujetas a la prueba de la experiencia; de la que parten y a la que van, y son susceptibles lo mismo de anulación que de perfeccionamiento en el desarrollo de esa referencia continua. A ninguna teoría social puede ponerse el marchamo de permanente y eterna; son todas ellas construcciones hipotéticas, relativas e inconclusas.

Ahora bien, este carácter se hace quizá más notorio en las ciencias sociales en su relación con las naturales —y en esto consiste, sin duda, su verdadera diferencia—, porque se combina con la peculiar naturaleza de las situaciones problemáticas de que nacen y a cuya solución deben acudir. Pues esta situación problemática *es* o transcurre dentro de una circunstancia histórica. Los problemas de la vida social se ofrecen dentro de un contorno o contexto, peculiar e individual, limitado, con amplitud variable, en el espacio y en el tiempo. Las ciencias sociales son o deberían ser contextuales, situacionales o circunstanciales; es decir, *concretas*. Más esto es lo que generalmente no han sido. Y por eso ha ocurrido y ocurre con muchas teorías —y más aún con las ideologías políticas de ellas derivadas— lo que difícilmente se ha dado en las demás ciencias. Primero, que se apliquen generalizaciones correctamente obtenidas dentro de una situación, a otras situaciones, por próximas que puedan estar espacialmente, total o parcialmente desemejantes en la constelación de sus datos reales. Y segundo, que pervivan matusalénicas teorías, más o menos exactas en la circunstancia histórica en que se formaron, no obstante el transcurso de los años y, con ellos, la modificación quizá profunda de las condiciones concretas. ¿Puede causar extrañeza el fracaso de unas y otras?

En este sentido, quizá la historicidad de las ciencias sociales o humanas tendría una doble significación. Las hipótesis y los conceptos que el científico emplea —sus instrumentos— no son una creación *ex novo* de todos los días. Ningún hombre de ciencia, como ningún carpintero, es un ser adámico cuando se pone a su tarea; una larga experiencia histórica ha ido acumulando, con la colaboración de muchas, numerosas *mentefacturas*, bastantes de las cuales han resistido, victoriosas, pruebas repetidas. El científico acude a ese depósito y lo normal es que empiece, en cada situación problemática nueva, con algo heredado, con al-

gún instrumento de cierto prestigio. La razón física es también, en esto por lo menos, razón histórica, para emplear la terminología de Ortega y Gasset. Lo mismo, naturalmente, ocurre en las ciencias humanas; no hay ningún insensato que piense seriamente en arrojar por la borda con alegre desenfado los resultados de una experiencia centenaria. También poseemos instrumentos que son históricos, y que encontramos dispuestos en el caudal de nuestra herencia. Pero, además, es histórica la materia a que los vamos a aplicar: nuestra propia vida. ¿Cómo no sospechar que más de una vez serán completamente inservibles?

En resumen: una ciencia social sin teoría es imposible, no es ciencia. Pero tampoco es ciencia si se muestra inoperante e ineficaz en la resolución de las situaciones vitales problemáticas que exigieron y exigen su nacimiento: será, todo lo más, una ilustre herencia verbal de la que es dable gozar, estética e intelectualmente, en sí misma. El futuro de la ciencia social y la fructificación de todo lo que ya tiene acumulado, el cumplimiento de su urgente destino, dependerá de que mantenga viva la conciencia de la naturaleza de los dos pilares fundamentales de su construcción teórica: su instrumentalidad y su circunstancialidad.